



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



19 de octubre de 1889



Núm. 103



NIÑO DE PROVECHO



UN RATO DE CHARLA

PUESTO que todo el mundo ha estado hablando de Marruecos con más ó menos apasionamiento político, hablemos nosotros también ahora, pero en otro concepto: en el concepto de estudiantes.

Hay que saber, pues, que en el Moghreb existe una Universidad antiquísima, la de Fez, montada todavía tal como estaba hace mil años, y como lo estarían, sin duda, las famosas escuelas de Córdoba, Granada, Játiva, etc.

Acuden á aquella Universidad millones de estudiantes procedentes de todas las naciones islamitas. La enseñanza es, ante todo, religiosa, y el fin de la carrera consiste en obtener el título de letrado y de morabito, que da mucho prestigio.

Entre las asignaturas, digámoslo así, figuran la astrología, la alquimia y la adivinación. Estúdianse también los *números talismánicos*, la influencia de las estrellas y de los ángeles, y otras tenebrosas materias que ha mucho tiempo han desaparecido de los programas universitarios de Europa (quién sabe si para figurar de nuevo en ellos, remozadas y rebautizadas, dentro de un siglo ó dos). De la afición de los moghrebinos á eso de la cábala, habréis podido ver un ejemplo en el sello de Salomón, que llevaban acuñados los ochavos morunos que antes corrían por aquí. También se estudia á Aristóteles y, sin duda, á algunos otros filósofos de la antigüedad, traducidos por los ilustradísimos árabes del tiempo de los Califas.

Esos estudiantes de Fez, ó *tholbas*, hacen, en su mayoría, una vida claustral, alojados en las estrechas celdas de unos paupérrimos edificios

á manera de conventos llamados *mederzas*, lugares reputados santos é inaccesibles á los perros infieles. El sultán les envía diariamente á los *tholbas* un pan, y con eso se mantienen. Otros, sin embargo, reciben hospitalidad en casas particulares, lo cual da grande importancia á la familia, pues se tiene por un privilegio muy envidiable. Con eso queda dicho que en Fez no hay patronas que den de comer por seis reales, con principio.

Los *tholbas* se pasan todo el día en las mezquitas, sobre todo en la grande y sacratísima mezquita de Karauin, la Meca del Occidente ó del Moghreb (Moghreb significa *Occidente* y también *Puesta de sol*). En dicho *Karauin*, que es un hacinamiento de inmensos edificios de maravillosa arquitectura (según lo poco que puede saberse de su interior, impenetrable para todo infiel), hay establecida la Universidad y existe la gran biblioteca formada de libros de remotísima fecha, libros de valor inapreciable, acumulados allí durante los buenos tiempos de los árabes, y procedentes, ya de la biblioteca de Alejandría, ya de nuestros conventos españoles.

La enseñanza dura seis ú ocho años, al cabo de cuyo tiempo el *tholba* toma la rosa en la mezquita y sale hecho todo un *morabito*, pero, sobre todo, un fanático de siete suelas, á quien se le hace tarde ponerse en camino para su pueblo para predicar la guerra santa. De allí salen los agitadores del Sudán y, en general, de toda el África ismaelita.

No todo es estudiar y rezar, sin embargo: los *tholbas* se permiten



Niño de provecho

también divertirse un tantico, sin lo cual no serían dignos del nombre de estudiantes; y, cosa rara, su diversión es precisamente la misma que se conoció en Francia con el nombre de la *fiesta de los locos*, con su elección de *papa* y demás burlería, sólo que, en honor de los musulimes sea dicho, son más formales de lo que solían serlo los estudiantes franceses de la edad media.

Esta fiesta se celebra en Fez durante los diez días de las vacaciones de primavera. Los *tholbas* eligen un *sultán* (que suele serlo el que gasta más dinero en comprar votos) y se trasladan á las afueras de Fez, donde levantan un campamento *sitiador*, amenazando con la total destrucción si no se les regalan golosinas y víveres. Los vecinos entonces se apresuran á librarse de tales amenazas acudiendo al campo del *sultán de los tholbas*, sin que deje nadie de ir á visitarles, desde el gran visir al último babuchero. Finalmente, al octavo día va el mismísimo sultán, S. M. Scheriffiana en persona, y el *sultán de los tholbas* recíbele á caballo, bajo el rojo quitasol imperial, y se permite llamarle... ¡¡¡*Mi hermano!!!*

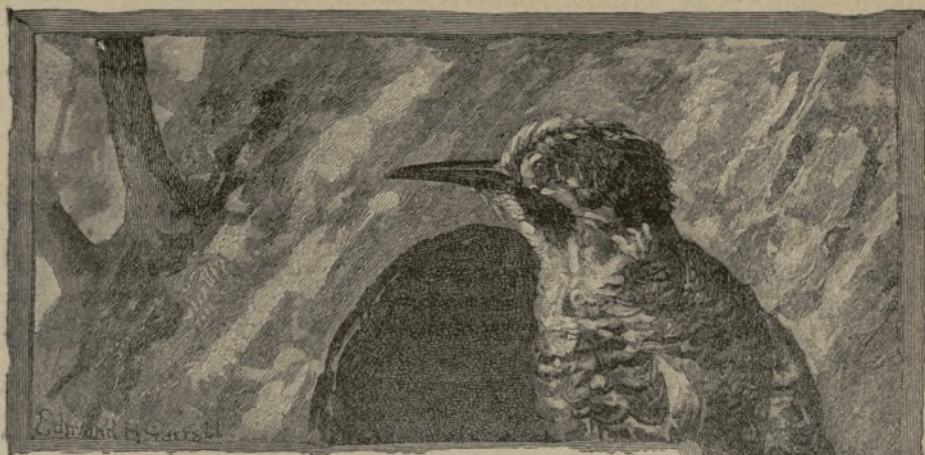
Hay que saber ahora que el empeño en ser proclamado *sultán de los tholbas* obedece á algo más que al gusto de farolear: generalmente el estudiante que apetece aquel puesto lo hace por poderosísimos motivos, y en su entrevista con el sultán suele hablarle de asuntos de suma trascendencia, ya sea pidiéndole algún favor para su tribu, ya haciéndole presente alguna injusticia. Lo difícilísimo que es poder acercarse nunca á S. M. Scheriffiana, hace que aquellos momentos sean preciosos. Lo que hay es que, en seguida de terminadas las vacaciones, el ex sultán suele largarse más que de prisa, ya sea para evitar que el sultán no derogue la concesión obtenida, ya para poner tierra en medio entre él y los que han sido castigados por su denuncia, ansiosos de vengarse, naturalmente.

Y no sé más, pues no dice más *Pierre Loti*, del cual me he permitido tomar las anteriores noticias, que podéis tener por completamente fidedignas.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





El picamaderas

EL OTOÑO

Como todas las estaciones del año, el otoño se presenta con rasgos singulares que le dan color y fisonomía propia.

Su llegada no se anuncia sólo con la vuelta de la golondrina. Pájaros más alegres y bulliciosos la anuncian también: la vuelta de los niños.

A fin de curso, y ya en pleno verano, la mayor parte de los pequeños salen con sus familias. Van á baños ó al campo: allí donde la moda ó la higiene les obliga á ir.

La ausencia de los *grandes* es una ausencia que no deja vacío: la de los niños es la nota triste de las ciudades en verano.

Una ciudad sin niños es un bosque sin pájaros; lo grandioso despojado de su principal grandeza; la grandeza de lo infinitamente bello y delicado, que no es ciertamente lo que se impone por su magnitud, sino lo que se nos entra por el corazón.

Por eso en verano las grandes capitales resultan tristes, desagradables, monótonas.

Todo languidece y se descolora. Parece que el sol, con sus cálidos brochazos, derrite sus galas y atractivos.

De ahí que *salir* sea la suprema ambición de todos los vecinos de las ciudades populosas.

Pero todo tiene su término, y un día el calor cede y empieza á percibirse brisa sutil. El cielo amanece bañado en un azul diáfano y trasparente de deslumbradora claridad. Pequeños puntos luminosos fluctúan en el espacio, como estrellas de azabache perdiéndose en un mar de zafiros. Son las avanzadas de las golondrinas que anuncian la llegada del otoño, y, cual si las africanas mensajeras no bastaran para proclamarlo, el regreso de los niños lo confirma á su vez.

¡También ellos han llegado! Vienen algunos más tostados y crecidos, otros más pálidos y enclenques, otros... ¡no han vuelto! Sus almitas rompieron su crisálida y ensayaron á volar. ¡El vuelo que emprendieron fué más rápido y seguro que el de las golondrinas! ¡No descansaron de él hasta perderse en el cielo!



La cabra

Para contemplar á los que han vuelto en su más simpática expansión, hay que verlos á la salida del colegio, cuando al cuidado de un acompañante cruzan por las calles divididos en diversos grupos. Todos van contentos y alegres, todos charlando cuando no riendo, todos mostrando en sus ropas el más adorable desaliño. ¡Qué pintoresco y animado cuadro forman con esa diversidad de trajes que podríamos llamar *de transición*. Unos visten de riguroso verano, otros pantalón claro y chaqueta de invierno, algunos se abrigan con sendos gabanes, mostrando en cambio desnudas la piernas; y algún niño resalta con su traje nuevecito pero negro. Lleva reciente luto, pero *no lo siente*: va risueño y contento, revoloteando cual mariposa de alas negras en un campo de flores. Dos prendas les iguala á todos sin embargo: el pañolito de seda atado al cuello, y la cartera cuyo correaje cruza sus pechos á guisa de banda. Y están muy graciosos con esos atavíos, infinitamente mejor que si salieran de la escuela hechos unos figurines. Un

niño aseado es siempre un niño inverosímil.

Al verlos pasar, ¿quién no los mira con cariñosa simpatía? ¿quién al mirarlos no da en pensar sobre la suerte de esos hombres del porvenir? De entre esos grupos saldrán los futuros legisladores, los grandes artistas, los que dictarán leyes, los que serán árbitros de los destinos de la patria: saldrán mártires de la ciencia, víctimas del implacable destino, caracteres audaces que, más que subiendo *trepando*, llegarán á la cúspide de todas las glorias, y caracteres modestos y apocados, perlas destinadas á vivir ignoradas siempre y á morir oscuras y olvidadas cual han vivido. ¡Quién sabe si los que ahora van amigablemente asidos del brazo serán mañana implacables enemigos! ¡Quién puede adivinar si esos que de continuo riñen se convertirán en paternales camaradas, si el que se ufana de haber nacido en dorada cuna morirá en la indigencia, si el que lleva oscuro y humildísimo nombre será un héroe ó un genio del porvenir! Tal se discurre sin aflicción ni desaliento como se discurre sobre el accidente más vulgar y natural: lo que sí entristece es pensar que esos niños dejarán de serlo, y que al desprenderse de su infancia dejarán de ser el ornamento más bello de que puede ufanarse la creación.

Es verdad que en tanto el mundo exista habrá otoños y niños y golondrinas; pero siempre su vista evocará los mismos recuerdos y los mismos presentimientos, siempre los que han sido mirarán con infinita conmiseración á los que van á dejar de ser.



La cabra

Ser eternamente niño tendría que ser
el ideal supremo de todos los hombres.
Vivir sin odios y sin ambiciones equivaldría á transformar la tierra en paraíso.
¡No puede ser!

ANTONIA OPISSO

AVENTURAS DE UN PERRO

No hará muchas noches, caminaba yo por una calle de las más concurridas de esta capital, absorto en mis pensamientos, cuando sentí una algazara producida por unos rapaces que venían hacia mí á todo correr. Las sombras de la noche me impedían ver con claridad; pero cuando se fueron acer-

cando aquellos muchachos, pude percibir el objeto de su algazara y vocerío.

Atado por el pescuezo llevaban un inocente perrillo de lanas despeluznado, sucio, tuerto y sin una oreja. En el rabo le habían atado una lata de petróleo que producía, al arrastrarse por el desigual empedrado, un ruido infernal.

Movido por un rasgo de compasión, acerquéme á los inhumanos rapaces, arrebatándoles el objeto de su salvaje diversión, no sin que me dirigieran algunas palabras que la moral prohíbe.



Naufragio

Después que hube desatado al desgraciado animal, que me miraba con agradecimiento, me dirigí á mi morada, donde curé varias heridas que tenía en la piel.

Yo siempre he sido apasionado por aprender las lenguas de los animales, y sobre todo la de la raza canina, de ese animal tan inteligente y leal, amigo del hombre; por lo que pude escuchar, lo mismo que si me la contara en castellano, toda la historia de este desgraciado animal, que ahora os voy á traducir á nuestro idioma:

—Ha de saber V.,—me dijo el perro tumbándose en el suelo,—que yo nací en la poética Sevilla hace muy cerca de tres años.

Mi madre era una bonita perra de mi casta que vivía con una señora viuda que, dicho sea para *inter nos*, tenía dinero, y que al venir yo al mundo no le supo muy bien, pero llenando de júbilo y alegría á un hijo suyo que contaría unos ocho años.

La señora, según me contó mi madre, ordenó me arrojasen por la ventana,

pues ella no quería más perros; pero la que me dió el ser, madre cariñosa, llevóme á un retirado desván donde nadie podía entrar, excepto los ratones, que, dicho sea de paso, eran bastante molestos. Tres meses permanecí en aquel estrecho cuchitril, hasta que una mañana sentí á mi madre que me decía:

—Hijo mío, es menester que salgas de esta casa, puesto que ya vas siendo grandecito y puedes ya buscártelas sin necesidad de que te mantenga nadie. Además aquí no puedes continuar, porque si la señora te descubre será capaz de mandarte matar.

Confieso que si sentí en aquel momento el tener que abandonar á mi ma-



Naufragio

dre, sirvióme de consuelo la idea de dejar aquel inmundo zaguán donde no hacía más que perder la salud.

Bajé con mi madre de la cámara á la casa para salirme á la calle, cuando el hijo de la dueña me divisó, exclamando con marcadas muestras de alegría:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mira qué perro tan mono ¡Chili! ¡Chili!

A los gritos del niño llegó su mamá, que, gracias á los ruegos del parvulito y de una criada que se interesó vivamente por mí, pudieron convencerla para que me quedase en aquella casa.

Me pusieron un bonito collar de terciopelo color granate con infinidad de cascabeles dorados, y me dieron un soberbio plato de leche que me supo á gloria.

Yo estaba alegre: me trataban á cuerpo de rey y no hacía más oficio que estar echado sobre las mullidas alfombras de las habitaciones; pero como todo en este mundo tiene su contra, vino á empañar mi felicidad un gatito de Angora, favorito de la señora.

¡El fué causa de todas las desdichas que me han acontecido desde entonces á esta parte!

El demonio del gato, sin duda picado por la envidia, aprovechaba las ocasiones en que yo me hallaba dormido para hincarme sus afiladas

uñas, llegando hasta el extremo de sacarme este ojo que me falta. Yo entonces perdí la paciencia, y, arrojándome sobre el mal intencionado gato, separé la ca-



El espejo de Santiago

beza de su cuerpo de un tremendo bocado, al mismo tiempo que la dueña de la casa aparecía en el umbral de la habitación.

Ésta, al ver el crimen que había yo cometido, la emprendió á palos conmigo de una manera espantosa.

Yo apelé á la fuga, pero con lo atelondrado que me hallaba no reparé que por donde pretendía escapar había un hermosísimo espejo de Venecia: mi propia imagen, que se reflejaba en su luna, se me figuraba otro perro que me impedía la salida; hasta que por fin cayó el hermoso cristal, convertido en mil pedazos por los fuertes golpes de mi resistente cabeza.

Por fin pude escapar. Salí corriendo por todas las habitaciones, tropezando con todo cuanto hallaba á mi paso, hasta que me encontré en la calle.

¡Desde aquel infausto día no he vuelto á ver á mi pobre y cariñosa madre!

Mi primera idea, así que me hallé fuera del peligro, fué emprender una vertiginosa carrera por un sinnúmero de plazas y calles, hasta que, cansado ya de correr, sudando y jadeante, me paré á la puerta de un zapatero remendón, que, á la vez que machacaba un trozo de suela, cantaba las siguientes coplas:

Si yo tuviera dos cuartos
en vino los gastaría,

pero como no los tengo
quede la panza vacía.

De pronto el remendón fijó sus pequeños y penetrantes ojos en el collar que yo llevaba puesto, y dijo con una alegría indefinible:—¡Calle! ¡Un chuchó! ¡Vaya un collar que lleva! ¡Por ese lo menos me dan para cuatro medios!—

Y, cogiéndome por las patas, me metió dentro del portal, donde me despojó del precioso adorno que el hijo de mi ex ama había colgado á mi pescuezo, saliendo al poco rato más alegre que unas pascuas, sin duda á gastarse lo que le diesen por él en rendir culto al dios Baco.

Aun no habría traspasado mi hombre los umbrales de la puerta, cuando un sujeto vestido pobremente acercóse con mucha cautela donde yo me hallaba, y, cogiéndome en sus brazos, se echó á andar calle arriba. Yo no veía nada, puesto que el que me había hecho prisionero me llevaba oculto debajo de una blusilla azul.

Al llegar á una plaza descubríome mi nuevo amo delante de una barraca construída con lienzo y maderas. Encima de la puerta había multitud de cuadros anunciando que en el interior se exhibían asombrosos fenómenos, como serpientes con dos cabezas, mujeres que levantaban á pulso un cañón de diez y seis arrobas, y otras mil inverosimilitudes, preparadas todas con engañosa maña para procurarse el sustento y entretener al confiado público.

Metíome en el interior de la barraca, donde encontré siete compañeros míos vestidos con chistosos trajecitos, que me recibieron con marcadas muestras de desagrado; pero por fin, y gracias á la intervención de uno de aquellos saltabancos, no sin haberme olido antes con la más rigurosa escrupulosidad, quedamos todos tan amigos como si hubiéramos vivido juntos toda la vida.

Después de haberme echado dos hermosos huesos, que yo devoré con una rapidez asombrosa, una mujer que se encontraba entre aquellos saltimbanquis vistióme con una bonita bata color naranja con adornos de veludillo azul marino, y una caprichosa capota de una tela con pretensiones de raso, que muy difícilmente se podía adivinar su primitivo color, sobre mi despeluznada cabeza.

En dos meses de diarias lecciones consiguieron enseñarme á dar saltos pasando por un aro, á llevar sobre mis lomos un bonito tití, y por último me enseñaron á tirar tiros con una pequeña carabina, la que me servía también para hacer la instrucción en compañía de mis camaradas.



Insectos hiladores
y tejedores

No me entretendré en seguir paso á paso todas las peripecias que nos pasaron: sólo diré que recorrimos España, Francia y Portugal. En esta última nación, nos hallábamos cierto día en Oporto dando una función. Yo, en compañía de los siete perros, el titi y una enorme serpiente boa que se arrollaba á nuestros cuerpos (confieso que este ejercicio me infundía vagos temores: presentía morir por la presión de aquel monstruoso animal, que al enroscarse á nosotros sacaba una lengua como una banderilla), nos hallábamos entonces en el palco escénico ejecutando tan temerario ejercicio, cuando al pasar de uno de mis compañeros á mí la maldecida boa, dióme tan terrible bocado en esta oreja que me falta, que se quedó con ella entre su aguzada dentadura. Yo, temeroso de que repitiese la misma gracia con la otra que me quedaba sana, salté por donde se hallaban los espectadores y en cuestión de un minuto me encontré en la calle.

Respiré con ansiedad la fresca brisa de la noche, y emprendí una acelerada carrera á través de las calles de aquella ciudad lusitana.

Un pobre ciego marchaba por una plaza entonando una sonata española en un viejo y desafinado violín, acompañado de un pobre niño, que al verme le dijo al ciego con presteza:

—Padre, por allí viene un perro de lanas muy bonito, vestido como un hombre. Ese nos puede servir para acompañar á V. cuando yo me tenga que ir á algún recado.

El hombre del violín ordenó á su hijo que me aprisionara; y yo, sin oponer resistencia, me dejé atar por aquel pequeño muchacho.

Por entonces contaba yo un año de vida y nueve meses de sufrimientos.

Al otro día salimos de Oporto: recorrimos por espacio de dos años multitud de pueblos, hasta que llegamos á España.

Excuso decirle á V. que los palos sobre mi relajado cuerpo no eran escasos, y que la comida, mientras estuve de lazarillo, andaba siempre por donde yo no la podía alcanzar.

Un día, cansado de ser el blanco del mal humor del padre y del hijo, me escapé en un pueblo de la provincia de Zaragoza después de haber estado dos años al servicio del desgraciado imitador del inmortal Paganini.

Anduve por multitud de pueblos y ciudades comiendo lo que podía y durmiendo en despoblado, hasta que ayer llegué á esta capital, de donde no pienso salir más: imitaré al popular perro Paco si no encuentro algún amo que me considere como lo que soy.

—No tengas cuidado,—le dije yo;—desde hoy no te separarás de mi lado, pues veo que no has sido más que una víctima de la desgracia.

LUIS CORDAVIAS

✻ NUESTROS GRABADOS ✻

NIÑO DE PROVECHO

Miguelito, aunque sólo tenía ocho años, era ya muy aficionado á trabajar: ayudaba á la mamá á escribir sus cartas y á cerrarlas, sabía limpiar los cuchillos y tenedores, y todas las mañanas iba á comprar los artículos de primera necesidad.

Una mañana le enviaron á buscar la leche, mas en vez de tomarla donde siempre, com-próselá á un lechero manco que tenía su tienda en la esquina de la calle, pareciéndole que aquel hombre necesitaría parroquianos más que ninguno. En el camino, sin embargo, pensó que su mamá se enfadaría, y llegó muy compungido; mas aquélla no le riñó, considerando que había dado una prueba de buenos sentimientos.

EL PICAMADERAS

—¡Tap, tap, tap!
—¿Qué ruido es ese que se oye en el bosque?
—¡Tap, tap, tap!
—¿Habrá por ahí algún carpintero? Tal parece indicarlo esa especie de serrín que se ve al pie de aquel árbol. Pero ¿dónde se oculta el hombre? Es preciso buscarle.
—¡Tap, tap, tap!—se vuelve á oír, y de repente queda explicado el misterio: una aveci-lla, saliendo de entre el ramaje, pasa como una exhalación ante mis ojos: es el famoso pica-maderas, de doradas alas, que tantos perjuicios ocasiona á veces horadando los troncos de los árboles.

LA CABRA

Eduardo y Juanito encontraron un día en el campo un hombre que llevaba una cabra y que les preguntó si querían comprarla, pidiéndoles solamente dos duros. Por fortuna, entre los dos pudieron reunir la cantidad, y, muy contentos con su adquisición, corrieron al punto á su casa. El animal se familiarizó mucho con sus amos, que jugaban con la cabra al toro, lo cual les divertía más que ninguna otra cosa; y más tarde sirvióles para tirar de un carrito, en el que se paseaban con frecuencia.

NAUFRAGIO

Como la mamá está enferma, Emilia es la encargada de distraer á su hermanita Rosa y llevarla á paseo. Una mañana salen las dos, y muy pronto llegan á la orilla de un riachuelo, donde se entretienen un rato arrojando piedrecillas al agua.

De repente se le ocurre á Emilia una idea luminosa para divertir á su hermana.
—Escucha,—le dice,—voy corriendo á casa á buscar la artesa, que servirá de bote para embarcarte. Ataré en ella un cordel, y yo serviré de mula para tirar desde la orilla.

Rosita no contesta, porque no sabe bien de qué se trata; pero pocos momentos después Emilia vuelve con los objetos apetecidos, y, aunque no sin algún miedo, la niña se introduce en la extraña embarcación, mientras que la otra coge la punta de la cuerda y avanza por la orilla, tirando con afán. De repente, el singular esquife, enredándose en una mata, se vuelca, y la pobre Rosita queda debajo, aunque afortunadamente con la cabeza fuera del agua, pues hay muy poco fondo. Emilia profiere un grito, precipítase en auxilio de la náufraga, condúcela á la orilla, y las dos, mojadas hasta los huesos, vuelven á casa para mudarse de ropa y contar la aventura.

EL ESPEJO DE SANTIAGO

Santiaguillo va con gusto á la escuela todos los días porque en el camino por donde ha de pasar hay una pequeña laguna que se franquea cruzando un puente. Al llegar á este último el muchacho se apoya sobre la barandilla, y complácele ver su imagen reproducida en la líquida superficie como en un espejo. De tal modo le distrae á Santiaguillo este inocente pasatiempo, que á menudo llega tarde á la escuela por haberse detenido demasiado en su contemplación.

INSECTOS HILADORES Y TEJEDORES

Sin duda no sabréis, hijos míos, que toda la seda que hay en el mundo se fabrica por unos insectos muy pequeños, los cuales tienen un aparato propio para hilarla. Los curiosos capullos que esos gusanos hacen se componen de seda. El hombre los lleva á sus fábricas y conviértelos en los magníficos tejidos que sirven para confeccionar trajes.

La araña es también una hilandera. Su hilo es mucho más fino que el del gusano de seda, y se compone de muchas hebras, así como la cuerda de varios cabos. El hilo de la araña es á veces muy largo, y el insecto lo recorre en toda su extensión, balanceándose en él para probar su fuerza. ¿Habéis visto alguna vez alguna araña dejarse caer desde la altura? Es lo más curioso que podéis imaginar.

La avispa construye su nido de papel con fibras del bosque, las cuales puede coger con los singulares dientecitos que tiene para este objeto, formando después con ellas un hacecillo. Cuando tiene bastantes, conviértelas en una pulpa blanda, muy semejante á la que hace el hombre para fabricar el papel. Sin duda las avispas le han enseñado el procedimiento, porque son las más antiguas fabricantes de papel del mundo.

Si examináis el material del nido de esos insectos, veréis cuánto se asemeja al papel de estraza que usamos para envolver.

TIGRE

—Cuando mi papá estaba en América,—refería Clotilde á unas amiguitas suyas,—teníamos un perro tan valeroso como leal, al que pusieron por nombre *Tigre*. Aborrecía de muerte á los indios, algunos de los cuales tenían sus rústicas chozas cerca de nuestra casa; y, apenas veía alguno, enfurecíase y ladraba ruidosamente, tanto, que aquellos salvajes llegaron á temerle.

Cierto día, hallándose mi papá trabajando, *Tigre* dió un salto de repente y salió corriendo de la casa, colocándose delante de la puerta como de centinela. Era que acababan de llegar unos indios, no con intenciones hostiles, sino para pedir un socorro; pero poco faltó para que el fiel animal los acometiese.

Tigre nos acompañaba siempre á la escuela á mi hermanita y á mí, y, confiadas en su valor, no temíamos nunca la presencia de ningún indio.



MUFLÚ

(Continuación)

El señor inglés había ido á encontrarla mientras Lolo y su perro estaban en las Cascine. La había atestiguado el deseo de comprar el perro: el enfermito se había divertido tanto con él, que estaba inconsolable mientras *Muflú* no fuese suyo. En cualquier otra ocasión, la pobre mujer hubiérase negado resueltamente á vender *Muflú*; pero aquel día sólo pensaba en los mil francos necesarios para la sustitución de Tasso.

Al escuchar las proposiciones del extranjero dióle un salto el corazón, ocurriósele la idea de que quizás podría sacar la anhelada suma, y, disimulando astutamente la situación precaria en que se hallaba, hízose por de pronto la descontentadiza, hasta acabar por exigir la anhelada suma.

El buen señor se los dió tan sin hacerse de rogar que la madre sintió no haberle pedido el doble. Quedaron en que si le traía el perro á la fonda aquella tarde, cobraría en seguida, y de ahí el pretexto para alejar á Lolo. No podía la buena mujer dar crédito á sus ojos cuando se vió en las manos dos billetes de á quinientos francos. Firmó un recibo, y al bajar por la escalera oyó los gruñidos y ladridos de *Muflú*.

A decir verdad, no las tenía ella todas consigo.—Es como si hubiese vendido á un cristiano,—murmuraba. Pero ¡qué alegría tan grande en cambio la de poder conservar á su hijo! Así es que iba riendo y llorando, por manera que las gentes la tomaban por una loca.

Entretanto Lolo seguía calenturiento y delirando. Cuando la madre, asustada, fué por el médico, el digno facultativo meneó la cabeza, habló de un sacudimiento nervioso y pronunció la palabra meningitis.

Lolo le cobró ojeriza á su hermano, lo mismo que á su madre, y debieron ambos salirse del cuarto.

—Por culpa tuya me han vendido *Muflú*,—decíale á su hermano, y rechinaba los dientes y apretaba los puños.

Azorado Tasso, fuese á la fonda, resuelto á rogarle al extranjero le prestase siquiera por media hora á *Muflú*, convencido de que su vista le haría un gran bien al enfermito; pero encontróse con que *Mylord* había partido ya para Roma con el perro.

—¡Vaya un animal!—decíanle los camareros.—No ha



Tigre

cesado de aullar como un condenado un solo instante, y ha puesto perdida la pintura de la puerta del salón á fuerza de rascar con las patas.

Esto le trastornó mucho á Tasso, pero su madre se puso furiosa al notar lo, diciéndole que aquello no era nada y que mejor alimentado estaría el perro allí que no en su casa, y, en fin, que no había de tardar mucho *Muflú* en no acordarse más de ellos.

Tasso no creía eso, sin embargo. Desde entonces reinó la mayor intranquilidad en el seno de aquel pobre hogar. El médico decía que tratarasen de procurarle el perro al enfermito, cuyo delirio no se calmaba; Tasso suspiraba, remordíale la conciencia; y la madre se empeñaba en que la Madona le había traído á aquel inglés para con el dinero que diera por *Muflú* salvar de la quinta á su hijo mayor, sostén de la familia.

—Pero ¿y Lolo?—murmuraba Tasso.

Irritada la madre, y atormentada á la vez por su propia conciencia, volcó la sopa de coles sobre las brasas en que estaba cociendo. Pero, con todo eso y

otras cosas más, no se curaba Lolo. El estrecho chiribitil en que yacía con Sandro, Beppo y Tasso no era el cuarto que convenía á un niño enfermo de meningitis. El pobre Tasso íbase acongojadísimo á su trabajo, figurándose siempre ser el asesino de su hermanito.

Verdad es que no había tenido arte ni parte en la venta de *Muflú*, pero no era menos cierto que por causa suya había sido vendido el perro. Tenía, pues, remordimientos como un culpable, y era desgraciado, y juzgábase indigno del sacrificio que por él habían hecho. Y en medio de sus esperanzas, de sus planes para el porvenir, interponíase siempre la imagen de Lolo y de *Muflú*. Parecíale á Tasso que su libertad había sido comprada á precio de la sangre de ambos.



Tigre

Y ¿en dónde estaba *Muflú*? ¡Vaya V. á saberlo! Quizás en Inglaterra, en Francia, en Rusia, en América. ¡Bien podía predicar el doctor diciéndole que quizás la vista de *Muflú* determinaría un favorable cambio en la marcha de la enfermedad de Lolo! ¡Cualquiera iba á pescarle!

Así trascurrieron muchos meses. Lolo seguía siempre lo mismo. Afeitada su rubia cabellera, con los ojos un palmo abiertos, sin la menor expresión, vivía de una cucharada de leche, de un pedazo de hielo y de un trago de limonada. Cuando despegaba los labios era para decir:—¡*Muflú*! ¡*Muflú*! ¿Dónde está *Muflú*?—Y en seguida permanecía días ente-

ros en un estado de soñolencia y de insensibilidad, mientras que devoraba su cerebro un ardiente fuego y sentía encima como una piedra, un peso enorme.

En fin, que el médico le dijo á Rosina Calabucci que no había que contar con el nene. Ni San Jorge, ni San Marcos, ni demás santos de la vecina iglesia podían hacerle nada. El perro era el único que podía salvarle. Pero el perro... estaba vendido.

Llegó el instante en que fué preciso administrarle el viático al enfermito. No pudo ser, y sólo recibió los santos óleos. El cura, tristísimo, rogaba por él con la cabeza inclinada.

(Se concluirá)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor. Ancha de San Bernardo, 38, principal. MADRID.—Ramón Melinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA